

INMIGRACIÓN: ECUMENISMO HUMANO

“Tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios” (Rut 1,16)

Esteban Tabares Carrasco*

El objetivo de este artículo es presentar el hecho de la inmigración en Europa como una oportunidad para el descubrimiento recíproco y para una nueva práctica de la hospitalidad entendida ahora como mestizaje. Una posibilidad de compartir la vecindad y también de profundizar en las propias tradiciones religiosas de unos y otros.

Palabras-claves: Nuevo ecumenismo; Identidad; Mestizaje; Hospitalidad; Interculturalidad

Introducción

Para que nuestra fe en Dios no sea un espejismo intimista, ni un autoengaño consolador de nuestras carencias o temores interiores, Jesús de Nazaret nos sugirió e indicó con sencilla claridad en qué lugares podemos encontrar a Dios. Aunque es mejor decir dónde podemos ser encontrados por Él, dónde estamos para que Él nos pueda encontrar. En la cuestión de la inmigración los cristianos lo tenemos muy claro: Dios está encarnado en la realidad del prójimo: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me acogisteis...” (Mt 25,35). Si buscamos a Dios debemos hacerlo por esos lugares, por los espacios del compromiso con los últimos. Y si Dios nos busca, que nos encuentre siempre ahí.

Para los creyentes la cuestión migratoria se nos presenta como un auténtico kairós, un tiempo de gracia, una situación desde la que Dios nos quiere decir algo, nos está pidiendo algo, se nos está *revelando* de alguna manera, en definitiva. Podemos decir que la emigración es hoy día una parábola en acto escrita en las líneas seculares de los procesos sociales

* Secretario de la Fundación Sevilla Acoge. Educador y formador en esta entidad desde 1987. Sevilla / Andalucía / España.

y económicos mundiales atravesados por una injusticia estructural. Una parábola como la siguiente:

El opulento Primer Mundo le preguntó para ponerlo a prueba: ‘Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?’ Él le dijo: ‘¿Qué es lo que está escrito en vuestros libros sagrados? ¿Qué es lo que dicen vuestros líderes religiosos?’. El Primer Mundo contestó: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo’. Él le dijo: ‘Bien contestado. Haz eso y tendrás vida’. Pero el Primer Mundo, queriendo justificarse, preguntó: ‘¿Y quién es mi prójimo?’

Jesús le contestó: En una ocasión, 51 inmigrantes que huían de las guerras, el saqueo y las hambrunas de sus pueblos, navegaban a la deriva en aguas internacionales entre Libia y Malta. Iban en un frágil cayuco, sedientos y medio muertos. Aquella situación la vimos todos por televisión. Pero los gobiernos de los países mediterráneos, muy ocupados en el conflicto entre israelíes y palestinos, dieron un rodeo encogiéndose de hombros. Lo mismo hicieron los países de la Unión Europea, muy preocupados en enviar material de guerra a Irak y Afganistán y en cómo controlar el precio del petróleo y aumentar los beneficios bancarios. Igualmente, los católicos dieron un rodeo y pasaron de largo, pues estaban muy preocupados por el aumento de la indiferencia religiosa, el laicismo y la enseñanza de la religión en las escuelas. Incluso el mismo Estado Vaticano no se atrevió a tomar la iniciativa de abrir sus puertas y acoger en sus lujosos aposentos tanta desesperanza.

Sin embargo, un pesquero español, el “Francisco y Catalina”, que estaba faenando por aquellas aguas, vio el cayuco, a los tripulantes se le conmovieron las entrañas y los rescataron. ‘No somos héroes, somos marineros, pero lo volveríamos a hacer sin ninguna duda’, dijeron al ser preguntados por los periodistas que querían convertir la compasión en espectáculo. Los subieron a cubierta, les vendaron las heridas y compartieron con ellos agua y comida. Y apretujados aguantaron, entre el estupor y la indignación, la negativa de las autoridades de Malta al desembarco en sus costas. Cada día que pasaba ponían de su bolsillo los 6.000 euros de su jornada laboral...

¿Qué te parece? ¿Quién de todos ellos se hizo prójimo de aquellos naufragos inmigrantes africanos?... El Primer Mundo contestó: ‘Los que tuvieron compasión de ellos’. Jesús le dijo: ‘Pues anda y haz tú lo mismo’.

Un nuevo paradigma creyente: “Tu Dios es mi Dios”

La inmigración es radicalmente un fenómeno de ‘dispersión y de ruptura’: separación de lo suyo y de los suyos. La vida de las personas inmigrantes está marcada por una tensión continua entre ‘conservar lo que se era allí y aprender a vivir como somos aquí’, en un doble esfuerzo para no acabar rotas internamente y para integrarse o, al menos, adaptarse y evitar así ser rechazadas. Cuando una persona al emigrar pierde su patria y muchas otras cosas más, está en trance de perder también su Dios o, al

contrario, aferrarse al mismo como un fuerte núcleo identitario en confrontación con el nuevo entorno social. Por otra parte, los creyentes autóctonos pueden sentirse perplejos y recelosos ante la presencia de “otros dioses”, es decir, a tener que compartir la vecindad con otras personas de religiones diferentes a la del lugar y que venía practicándose con general y pacífica homogeneidad. De modo que unos y otros están urgidos a “reformular” su fe y sus prácticas religiosas para encontrarles nuevo fundamento y sentido en una nueva sociedad que ahora es más plural y más mezclada que en otros tiempos.

La inmigración pone en contacto diario en un mismo territorio a gentes que antes se desconocían. Los estereotipos y los prejuicios nos condicionan a todos y emergen con mayor fuerza al tener que convivir en vecindad. Las personas inmigrantes son el “otro”, aquel que rompe nuestros esquemas y barreras culturales, nuestra seguridad, nuestra comodidad instalada. Aproximarnos a ellos y vivir con ellos el contraste humano, cultural y religioso es una ocasión propicia para hacernos más universales, más ecuménicos. Esto implica de inmediato saber “relativizar” (o sea, poner en relación) todo aquello con lo que nos identificamos como “lo nuestro”. “No es posible la comunidad humana sin comunidad moral, sin reconocimiento del otro, de nuestra mutua dependencia y de la responsabilidad que de ella se deriva”.¹

La comunidad humana sólo es posible si respondemos positivamente a la pregunta que Dios nos hace, como se la hizo a Caín: “¿Dónde está tu hermano?” (Gén.4,9). Acoger al otro es aceptarlo con agrado y sin prejuicios en su diferencia. Y aquí entra en juego la gran virtud de la com-pasión, entendida no como un blando sentimiento de piedad, sino como un fuerte principio activo. Como indica la etimología latina del término, “com-pasión” es la actitud de “compartir la pasión” del otro. Es un movimiento de apertura para salir del propio espacio y entrar en el ámbito del otro, para sufrir o gozar con él, caminar juntos y construir, en común, algo nuevo.

Estamos ante una situación nueva e irreversible: ya no podemos vivir en territorios aislados y es imposible que un país se encierre en sus fronteras. Ya no existen espacios estancos y hemos de convivir compartiendo los mismos lugares. Mas esto no es una condena, sino una oportunidad nueva. Podemos vivir la mezcla con gozo y ver en los otros a nuevos compañeros de camino, a los miembros dispersos de la familia humana que se van reuniendo poco a poco. Es una oportunidad para ir deshaciendo el mito-condena de la torre de Babel y reconstruir la casa común, la *oikoumene*.

¹ ZUBERO, Imanol. “El reto de la inmigración: acoger al otro y ampliar el nosotros”, p. 146.

Un sentido profundo y religioso de todo lo anterior lo encontramos en la narración del libro de Rut, una bella historia de emigrantes, de acogida y de mezcla cultural-religiosa. Elimelec y Noemí con sus dos hijos tienen que emigrar y dejar las tierras de Belén (parece que en esos días no hacía honor a su nombre, “casa de pan”), para instalarse en la pagana región de Moab, al otro lado del Jordán. Pronto murió Elimelec y entonces sus hijos, libres del poder paterno, se casaron con sendas mujeres moabitas, Orfa y Rut, en contra de la voluntad de Yaveh que había prohibido a los israelitas hacer tal cosa como algo horrible. Más tarde, mueren también ambos hijos y he aquí que Noemí se halla ahora en una amarga situación: en un país extranjero, anciana, viuda, sin hijos ni nietos, sola, sin recursos, con dos nueras no israelitas...

Decide regresar a Israel y pide a Orfa y Rut que se marchen con sus familias respectivas y la dejen volver sola a Belén. Con lágrimas, Orfa así lo hace. En cambio, Rut decide firmemente quedarse al lado de su suegra diciéndole: “No insistas en que te deje y me vuelva. A donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios; donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán. Sólo la muerte podrá separarnos, y si no, que el Señor me castigue” (Rut 1,16-17). Transcurrido el tiempo, Dios premiará la fidelidad de Rut con el matrimonio con el rico Booz, de cuya descendencia procederá el Mesías, Jesús.

Si es válida esa palabra de Rut la moabita –‘tu Dios es mi Dios’-, quiere decirse que el encuentro directo entre personas es el único lugar efectivo y decisivo de la revelación de Dios; entonces el amor entre las personas es el fundamento y la medida de la fe en Dios. Eso significa que no existe ningún Dios que pueda o deba obstaculizar o destruir el amor entre las personas, limitarlo o delimitarlo, impedirlo o prohibirlo. Eso significa que Dios es la meta final de un camino que sólo se puede recorrer en la comunión del amor. Eso significa que la ‘doctrina’ acerca de ese Dios no es más que aquello que es necesario realizar para estar cerca del otro. Eso significa que todas las palabras escritas en nombre de Dios o de los dioses de cada pueblo, de cada religión y de cada cultura, se extinguen poco a poco en el gesto silencioso del amor que entre las personas rige hasta la muerte y que reconcilia a los hombres entre sí por encima de las barreras de las confesiones.²

Un Dios de todos y de nadie

Es un hecho que las migraciones mundiales han generado una situación nueva: muchas personas de diferentes creencias religiosas conviven ahora en una misma sociedad. Unos lo consideran como un agudo problema

² DREWERMANN, Eugen. *El mensaje de las mujeres*, p. 59.

y fuente de conflictos identitarios y de convivencia, en el presente y más aún en el futuro. Otros, en cambio, consideramos que tal situación podemos vivirla como una magnífica oportunidad para lograr un intercambio y un mejor conocimiento de otras religiones, lo que repercutirá, a su vez, en una profundización de la propia. De este modo, unos y otros, los que llegaron y los de aquí, podemos ir siendo capaces de no apropiarnos del Misterio inabarcable del Dios Único. Adueñarnos de Dios y dominar a los demás es una tentación histórica y constante de los seres humanos. Tal vez esté llegando la hora de que cambiemos hacia un paradigma más universal. Como lo vivía, hace ya muchos siglos, el místico sufí Ibn Arabi:

Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo si su religión no era como la mía. Ahora, mi corazón se ha convertido en el receptáculo de todas las formas: es pradera de las gacelas y claustro de monjes; templo de ídolos y Kaaba de peregrinos; Tablas de la Ley y Pliegos del Corán. Porque profeso la religión del amor y voy adonde quiera que vaya su cabalgadura, pues el amor es mi credo y mi fe.³

La diversidad es positiva porque evita los riesgos de la uniformidad. Lo que se cree puro conduce al etnocentrismo, a la imposición, al dominio del otro, puesto que “pretender poseer toda la verdad es más nocivo que estar en el error”. La diversidad es positiva también porque la cultura es algo creativo: Ha más cultura, más ideas, más soluciones, más alternativas. Aprendemos del otro cuando nos situamos a nivel de igualdad y de respeto, sin dividirnos entre culturas-pueblos dominantes y culturas-pueblos dominados.

Sin duda, existen diferencias entre los seres humanos, pero no sólo una, sino múltiples y variadas [...] Pero, en cualquier caso, nunca esas diferencias son tales que permiten trazar una barrera infranqueable entre ‘nosotros’ y ‘vosotros’, sino que la semejanza como pertenecientes a lo humano es más radical que las diferencias.⁴

Nuestra sociedad es y será cada vez más ‘plural’, es decir: más multicolor, más mestiza, más variada en sus componentes, propuestas y soluciones. Las sociedades modernas se definen por su enorme complejidad en todos los ámbitos. No es posible una marcha atrás hacia imaginarios mundos perdidos de una sola identidad, a pesar de los esfuerzos de muchos integristas de todo tipo en tal sentido. El reto estriba ahora en ser capaces de hacer una sociedad ‘pluralista’, o sea: aprender a convivir en un mismo territorio las diferentes opciones y posiciones culturales y religiosas bajo un

³ Apud GALINDO, Emilio. *La experiencia del fuego*. Itinerarios de los sufíes hacia Dios por los textos, p. 236.

⁴ CORTINA, Adela. “Alianza y Contrato”, p. 122.

mínimo común de reglas de juego, acordadas entre todos, y un máximo común de libertad para todos.

El desafío utópico a afrontar consistirá en “Unir sin confundir y distinguir sin separar”. Se trata de lograr la cohesión social con la aportación de todas las partes, pero sin eliminar las diferencias, sino integrándolas como elementos positivos y necesarios para el conjunto. Y esto a cualquier nivel: político, cultural, religioso, vecinal, familiar, de trabajo cotidiano, etc..

Buenas prácticas que son semillas

En nuestra Fundación Sevilla Acoge, ya desde su inicio en 1985, se debatió y asumió un aspecto clave de nuestra identidad en la acción: la “interculturalidad”. No queríamos hacer una asociación ‘para’ los inmigrantes, sino ‘con’ ellos. Aunque ellos sean diferentes de nosotros y viceversa. “Pero es que muchos son musulmanes”... Pues que nuestra entidad sea no confesional a fin de no cerrarles la participación activa a ninguno... “Pero es que tienen un estilo de trabajo, una formación, un ritmo y unos objetivos de vida no iguales a los nuestros”... Pues inventemos y recibamos ellos y nosotros una misma formación en interculturalidad... Lo más valorado entre nosotros es la relación interpersonal, donde el conocimiento mutuo, la afectividad y la efectividad en la acción tienen prioridad sobre la diferencia de credos, etnia, sexo, o culturas. En este clima humano básico es donde germina el respeto hacia la fe religiosa de unos y otros. Explica Ousseynou Dieng, senegalés y mediador intercultural:

Conviviendo juntos recibimos reconocimiento en la diferencia. En Sevilla Acoge no me siento ‘musulmán’, me siento cómodo, pues nadie me recuerda con ningún gesto mi diferencia de religión. Así es más fácil la relación. Sin ocultar la pertenencia, no tengo a nadie enfrente que me diga “qué raro eres”... Por ejemplo, en las paredes hay cuadros con versos del Corán: eso eleva la autoestima y te anima a ser lo que eres.

Cuando llega el Ramadán, los cristianos felicitamos a nuestros compañeros musulmanes, tanto al comienzo como al final de dicho mes. Se negocian los horarios con ellos para que puedan cumplir su ayuno sin dificultad, y muchas tardes compartimos juntos su ruptura tomando la misma merienda. La Fundación edita folletos para explicar el sentido del Ramadán y también organiza conferencias abiertas sobre el Islam. En el mismo sentido, los musulmanes nos felicitan a los cristianos en el día de Navidad y de Pascua de Resurrección. Contemplan las procesiones de Semana Santa y luego nos hacemos preguntas de todo tipo unos a otros. A petición suya, hemos organizado charlas para hablar sobre el cristianismo y sobre las cofradías sevillanas, que a ellos les llaman mucho la atención.

En la Fiesta del Cordero hacemos una celebración conjunta. Los cristianos participamos con nuestros compañeros musulmanes en la muerte ritual de los corderos y juntos comemos y nos alegramos. Lo mismo sucede cuando hay un bautizo musulmán, la imposición del nombre al recién nacido, un entierro, una boda... Y viceversa: nuestros amigos musulmanes asisten a los actos religiosos que nos afectan a los cristianos en alguna circunstancia personal. Recordemos, por ejemplo, a Nadia que es marroquí y musulmana y ha comulgado en alguna Eucaristía celebrada para nosotros por algún motivo especial. Cuando le preguntamos por qué lo hace, responde: "Vosotros creéis en Jesús y coméis su pan; yo soy amiga vuestra y hago lo mismo que vosotros, pues Jesús también es un hombre santo en el Corán"... Nuestra convivencia diaria y el mismo compromiso social compartido han ayudado a Nadia y a todos en general a entender lo que se dice en el Corán 29,46:

No discutáis con las gentes del Libro (cristianos y judíos) más que con la mayor cortesía, a excepción de quienes den prueba de injusticia entre ellos. Decidles: Creemos en lo que nos ha sido revelado y en lo que os ha sido revelado. Nuestro Dios y vuestro Dios son uno solo, y a él nos remitimos.

Casi imperceptiblemente, en la convivencia diaria va produciéndose entre nosotros una especie de ósmosis, un trasvase silencioso de respeto a la fe del otro y de conocimiento de sus creencias. Porque unos y otros, aunque con diferente fe religiosa, compartimos una misma fe social: este mundo no nos gusta y queremos cambiarlo a través de nuestro compromiso con los inmigrantes.

Si sientes en lo más profundo de ti mismo que eso que te incita al bien es tu amor por Dios y tu amor por los hombres que Dios ama... Si piensas que el mal consiste en apartarse de los hombres, pues Dios los ama como te ama a ti, y que perderás tu amor por Dios si haces daño a aquellos a quienes Él ama, es decir, a todos los hombres... Entonces, tú eres discípulo de Jesús ('isawī), cualquiera que sea la religión que profeses.⁵

Ecumenismo humano = ecumenismo religioso

Nuestras sociedades democráticas se definen por el principio de la laicidad. Este ideal laico no puede entenderse ya como neutralidad o indiferencia ante el hecho religioso, sino que supone el reconocimiento de las tradiciones religiosas como sabidurías que se enriquecen unas a otras y que hacen brotar lo que es verdaderamente humano. La inmigración puede ayudarnos hoy día a encontrar el verdadero sentido de una laicidad

⁵ Cf. HUSANY, Mohammed Kâmil. "Al Wâdi I-muqasdas".

intercultural, donde la presencia pública del hecho religioso pueda ayudar a vivir con más coherencia los valores sociales.

El diálogo es un complejo de actividades humanas fundadas todas ellas en el respeto y en la estima por las personas de religiones diferentes. Incluye el 'convivir' diariamente en paz y mutua ayuda, con el testimonio que da cada uno de los valores aprendidos por medio de la experiencia de fe. Significa una 'disponibilidad a cooperar' con los otros para el mejoramiento de la humanidad, y un compromiso para buscar juntos la auténtica paz.⁶

El hecho de las migraciones en Europa, viejos países de tradición cristiana, abre una oportunidad inédita y magnífica a nuestras iglesias para incorporarse con decisión y valentía al diálogo intercultural e interreligioso. No sólo desde los foros oportunos al respecto, sino especialmente en la vida cotidiana entre inmigrantes y autóctonos. Podemos ir cerrando ya el tiempo de las luchas y separaciones, pues estamos urgidos a habitar un solo mundo. Ahora podemos comprender y practicar mejor la lección que aprendió el propio Pedro: "Sabéis que a un judío le está prohibido tener trato con extranjeros o entrar en su casa; pero a mí me ha enseñado Dios a no llamar profana o impura a ninguna persona" (Hch 10,29).

Las migraciones no son sólo desplazamientos geográficos de personas buscando un mejor lugar para vivir. Podemos también definirlos como vanguardia de los tiempos futuros, como una especie de gameto sociocultural que prepara y hace posible la necesaria fecundación intercultural. Como agente transportador del polen cultural, la inmigración realiza una función implícita difícilmente comprendida aún por nuestras sociedades. Este rol de embajador cultural de toda persona inmigrante no se plantea aquí para ocultar las dificultades y los dramas que sufren, sino para que no perdamos de vista el destino previsible de este interminable viaje: una sociedad plural, respetuosa y enriquecida humanamente con las diferencias.

La inmigración invita – a la sociedad en general y a las iglesias en particular – a cambiar nuestras miradas sobre la realidad. Trabajarnos la mirada es trabajar los implícitos, los hábitos, los modos de pensamiento, los prejuicios, los estereotipos, etc.. Es trabajar para transformar la diferencia en riqueza humanizadora y sentirnos por ello más disponibles y más aptos para abrir un porvenir capaz de un equilibrio nuevo entre identidad y alteridad, entre las diferentes religiones llamadas a convivir y a construir juntas sociedades más humanas.

La tarea es inmensa y casi inédita. Tenemos un gran desafío histórico: o bien vamos hacia una sociedad dual de separación y de incompreensión

⁶ JUAN PABLO II. *Discurso a la Plenaria del Secretariado para los no cristianos*, n. 4.

(o peor aún, de odio y de violencia interétnica e interreligiosa), o bien creamos entre unos y otros mecanismos integradores, que sólo pueden estar cimentados en el respeto mutuo y en una comunicación intercultural respetuosa e igualitaria. He ahí el reto: hemos de aprender a pensar y vivir dentro de un mundo cada vez más pequeño y donde la persona debería ser lo más grande. ¿Cómo interfecundar las visiones de las diferentes culturas y religiones sin dañar a ninguna de ellas?... Las personas cristianas estamos llamadas a construir dicho reto hacia dentro de la propia comunidad creyente y también hacia el exterior de la misma, puesto que el agua del bautismo nos purificó de todo exclusivismo: “Ya no hay más judío ni griego, esclavo ni libre, varón o hembra, pues vosotros hacéis todos uno” (Gá 3,28).

El pluralismo es uno de los signos de los tiempos más luminoso en todos los campos: el político, el ideológico, el cultural, el religioso, etc.. Es condición necesaria para la existencia y la supervivencia de las sociedades modernas y para evitar la espiral de la violencia de las ideologías y de las religiones.⁷

Las migraciones de hoy día son una llamada a los creyentes cristianos para superar el mito de Babel y ser capaces de entendernos por encima de la diversidad. Lo queramos o no, se está produciendo por doquier un inmenso “ecumenismo humano”, aunque no sin hondas fracturas sociales y mucho sufrimiento humano. Un ecumenismo que nos está invitando a revisar también cierto ecumenismo religioso oficial, para ir muchísimo más allá de la mera conciliación doctrinal de los textos sagrados de las diferentes religiones, o las reuniones a alto nivel de dirigentes religiosos y teólogos, puesto que:

El auténtico ecumenismo no se da sin la conversión interior. Porque es de la renovación interior, de la abnegación propia y de la libérrima efusión de la caridad de donde brotan maduran los deseos de la unidad.⁸

En la convivencia cotidiana entre inmigrantes y autóctonos, entre los de aquí y los que vinieron de allá, entre creyentes de esta o aquella fe, en el compromiso compartido de unos y otros por hacer que la vecindad esté regida por la igualdad de derechos y oportunidades, en el diálogo interreligioso practicado a nivel de calle, de tú a tú, en la amistad y en la apertura... vamos a ir experimentando que Dios anda por medio.

Y aunque ese Dios lleve tantos nombres como lenguas y pueblos hay en la tierra, su boca no es más que la boca de los que se unen en el beso; y su

⁷ TAMAYO, Juan José. “La Iglesia católica ante el diálogo interreligioso”, p. 30.

⁸ *Unitatis Redintegratio*, n. 7.

mano no es más que la mano de los que se juntan en la vida; y su verdad es la única sinceridad que la bendición del amor otorga a los amantes.⁹

La hospitalidad de la mesa compartida

“Vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur y se sentarán en la mesa del Reino de Dios” (Lc 13,29). Vendrán de Bolivia y Senegal, de Marruecos y de Ecuador, de Rumania y... a sentarse a la misma mesa europea que nosotros, a compartir la vecindad y el territorio, a disfrutar los mismos derechos y oportunidades. Es ahora precisamente cuando los creyentes cristianos y toda la gente de buena voluntad tenemos la oportunidad histórica de hacer dos cosas: o bien lo que proponían los discípulos a Jesús: “Despide a la gente, que vayan a otro sitio y se compren comida”, o bien lo que les (nos) propone Jesús”. “No necesitan ir; dadles vosotros de comer” (Mt 14,15-16). El milagro no baja mágicamente del cielo, sino que se hace realidad cuando abrimos nuestra mesa a quienes sentarse a ella con nosotros.

He ahí la utopía a construir: ir haciendo de nuestra sociedad un espacio abierto, común, donde todos tengan su lugar confortable. Ese es el gran deseo-diseño del Padre Dios: dejar entrar en el banquete y acoger en la misma mesa a quienes llegan del este y del oeste, pues la mesa no es nuestra, sino de Dios, aunque en el mundo enriquecido nos hayamos apropiado de la mayor parte de la misma.

La hospitalidad es virtud fundamental para los nómadas, emigrantes y peregrinos. Y es también una virtud básica para poder convivir los humanos, pues todos somos peregrinos en la vida y siempre vamos a necesitar de alguien que nos acoja, nos abrace, nos abra su casa y su corazón. La hospitalidad es una expresión del cuidado que hemos de tener para salvar a personas con riesgo de alguna amenaza o peligro.

Pero, ante el hecho de la inmigración, esa noble virtud de la hospitalidad es violada hoy día continuamente. Mucha gente dice: “Es que aquí no se puede meter todo el mundo”... Hasta la misma palabra ‘hospitalidad’ ya plantea una dificultad en sí misma, pues etimológicamente viene del latín ‘hospes’ (=huésped) que tiene la misma raíz que ‘hostis’ (=enemigo). ¿Es que un huésped puede representar una amenaza real hasta convertirse en enemigo?... ¿Qué peligros hay en la hospitalidad?... “La civilización habrá dado un paso decisivo –puede decirse que ‘su’ paso decisivo- el día en que

⁹ DREWERMANN, Eugen, *op. cit.*, p. 60.

el extranjero pase de ser enemigo a ser huésped, es decir, el día en que la comunidad humana haya sido creada".¹⁰

No podemos ver la llegada de inmigrantes como una invasión de ilegales que amenazan nuestro ensalzado bienestar y equilibrio social, tema preferido de los medios de comunicación y de muchos dirigentes políticos. Todo lo contrario: hemos de considerar a la inmigración como el amargo fruto y la otra cara de una mundialización mercantil y deshumanizante (esto no se dice nunca) que va destruyendo las economías de muchos países del Sur, desde el empleo a sus estructuras sociales y el ecosistema. En este sentido "Los inmigrantes no son un peligro, sino que están en peligro".¹¹ Sin embargo, son considerados por políticos y por mucha gente como un peligro del que hay que defenderse con fuertes escudos legislativos, o con hirientes alambradas y altos muros.

La experiencia de la hospitalidad-acogida a las personas inmigrantes es una oportunidad que tenemos los cristianos para vivir la experiencia de la presencia escondida de Cristo entre nosotros semejante a la que tuvo la pareja de discípulos que iba a Emaús:

Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron diciéndole: 'Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado'. Y entró a quedarse con ellos. Cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron (Lc 24,28-31).

Cuando decimos al otro: "quédate con nosotros" y compartimos la misma mesa, estamos abriendo el camino para el reconocimiento de la "alteridad". Cuando alguien desconocido se presenta ante nuestra puerta y llama, siempre hemos de preguntarnos desde una óptica creyente: "¿Y si viene de parte de Dios?"... Por eso, cuando le abrimos, hemos de seguir preguntándonos no sólo "qué quiere de mí", sino "quién es para mí": un emisario del Dios vivo. Ahí radica la profundidad última de la virtud de la hospitalidad. Ahí reside su valor fundamental: "Humanizar la Humanidad practicando la proximidad".¹²

Si así lo queremos, la convivencia con las personas inmigrantes puede ser para todos "una verdadera escuela de la alteridad"¹³. Puede ser también una experiencia de entendimiento y de comprensión recíproca, más allá de las diferencias entre unos y otros. Cuando superamos los miedos y los celos ante "quienes son de otra manera" y abrimos la puerta y la mesa

¹⁰ DANIÉLOU, Jean. "Déportation et hospitalité", p. 66.

¹¹ MANTUGULU, Santine. "África e inmigración", p. 78.

¹² Cf. CASALDALIGA, Pedro. "Humanizar la Humanidad practicando la proximidad".

de nuestro grupo social o religioso, sucede un sencillo y hondo Pentecostés que nos capacita para entendernos con el corazón, sin necesidad de tener un mismo idioma ni una misma cultura.

Es evidente que estructuralmente nos negamos a compartir la misma mesa con quienes llegan. Rechazamos y no acogemos. “Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros [...] Vino a su casa y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios” (Jo 1, 11-18). En la carne de los empobrecidos, en la carne emigrante también está viviente la Palabra. Acogerla y acoger al otro/a es equivalente. Cuando acogemos a otros nos hacemos más “humanos” y, por eso mismo, nos hacemos más hijos/as de Dios, más “divinos”. Todas las parábolas sobre el Reino que Jesús expone tienen como enseñanza la universalidad del amor del Padre, su hospitalidad sin límites, y son al mismo tiempo una invitación para que así sea también nuestra conducta con los demás.

Cuando ahora nos hablan de globalización o mundialización, alguien pudo ser engañado o engañarse pensando que las fronteras ya iban a caer y que el mundo estaría al alcance de todo el mundo. Por desgracia, las fronteras no caen, sino que crecen y se refuerzan. Mundo rico (enriquecido) y mundo pobre (empobrecido) aumentan su distancia y su injusto desnivel. El extranjero es considerado desde criterios económicos, se mira sólo la riqueza económica que puede aportar y se olvida la riqueza del encuentro entre seres humanos en su diversidad. La hospitalidad social y política – si es que alguna vez la hubo – saltó en pedazos; sólo hay espacio para la competitividad. Quien no pueda “pagar” no se puede “alojar” en el mundo globalizado.

Sin embargo, la mundialización puede y debe ser otra cosa: el principio de una nueva forma de hospitalidad capaz de inventar nuevas formas sociales y económicas capaces de favorecer la felicidad humana mediante un reparto equitativo de los bienes y un acercamiento entre los seres humanos, ahora como ciudadanos del mundo.

Frente al paradigma del enemigo y la confrontación necesitamos contraponer el paradigma del aliado, el huésped y el comensal. De la confrontación debemos pasar a la conciliación, de la conciliación llegar a la convivencia, de la convivencia a la comunión, y de la comunión a la comensalidad.¹³

Pero, el sistema económico dominante realiza una feroz selección que elimina o excluye a quienes no le son necesarios para la creación de

¹³ BOFF, Leonardo. *Virtudes para otro mundo posible*. Hospitalidad: derecho y deber de todos.

riqueza, de tal modo que los empobrecidos se convierten en un problema y una amenaza para el banquete de los enriquecidos. No hay lugar, pues, para la hospitalidad porque en la sala del banquete no pueden entrar todos, dado que los sitios están todos reservados.

Frente a esta posición excluyente, la presencia de personas inmigrantes nos brinda la ocasión de recuperar la hospitalidad como una exigencia moral de todas las religiones. Una hospitalidad entendida no como acogida temporal y provisional de alguien que está de paso. El “mestizaje” es actualmente el nuevo nombre de la hospitalidad. El mestizaje es el encuentro fecundo de donde nacerá algo nuevo, muy lejos de la violencia racial, étnica o cultural y de la estigmatización de las diferencias. El mestizaje es lo contrario del nacionalismo cerrado, del *apartheid* y del tribalismo troglodita. Quienes quieren mantener sin mancha su pureza de sangre y quieren ser ‘impecables’, terminan siendo ‘implacables’ con quienes no son como ellos. El mestizaje no representa una amenaza a la propia identidad, sino la mejor forma de fraguar una identidad enriquecida con múltiples aportes de unos y otros. El mestizaje de las personas y de las culturas debería ser el rostro humano de la mundialización, una nueva propuesta de humanidad.

Bibliografía

- BAIG, Safdar Ali. “Ameer Khusrau, His Beliefs and the Sufi Tradition”, in *Life, Times and Works of Amir Khusrau Delhavi*. New Delhi, National Amir Khusrau Society: ed. Zoe Ansari, 1975, p. 200–214.
- BOFF, Leonardo. *Virtudes para otro mundo posible*. Hospitalidad: derecho y deber de todos. Santander: Sal Terre, 2006.
- CASALDALIGA, Pedro. “Humanizar la Humanidad practicando la proximidad”, in *Éxodo*, n. 83, 2006, p. 62-64.
- CORTINA, Adela. *Alianza y Contrato*. Madrid: Editorial PPC, 1995.
- DANIÉLOU, Jean. “Déportation et hospitalité”, in *idem. Essai sur le mystère de l'histoire*. Coll. Traditions Chrétiennes, Paris: Cerf, 1982, p. 66.
- DREWERMANN, Eugen. *El mensaje de las mujeres*. Barcelona: Editorial Herder, 1996.
- GALINDO, Emilio. *La experiencia del fuego*. Itinerarios de los sufíes hacia Dios por los textos. Navarra: Verbo Divino, Estella, 1994.
- JUAN PABLO II. *Discurso a la Plenaria del Secretariado para los no cristianos* (28 de abril de 1987).
- MANTUGULU, Santine. “África e inmigración”, in: *XXVII Congreso de Teología*. Madrid: 2007, p. 77-90.
- TAMAYO, Juan José. “La Iglesia católica ante el diálogo interreligioso”, in *Éxodo*, n. 95, 2008, p. 26-31.

Unitatis Redintegratio. Decreto del Concilio Vaticano II sobre el Ecumenismo, 1965.

ZUBERO, Imanol. "El reto de la inmigración: acoger al otro y ampliar el nosotros", in ZAMORA, José A. (coord.). *Ciudadanía, multiculturalidad e inmigración*. Foro Ignacio Ellacuría. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2003.

Abstract

Immigration: Human Ecumenism "Your people will be my people and your God my God" (Ruth 1:16)

This article aims to show the immigration in Europe as an opportunity to the reciprocal discovery and for a new practice of the hospitality, now recognized as blending. A possibility to share the diversities and also to deepen the religious traditions of one another.

Keywords: *New ecumenism; Identity; Blending; Hospitality; Interculturality*

Received for publication in April 27th, 2009.

Accepted for publication in October 13th, 2009.

Recibido para publicación el 27/04/2009.

Aceptado para publicación el 13/10/09.